



Lecciones (in)humanas en la guerra yugoslava en QUO VADIS, AIDA? (2020), de Jasmila Zbanic

Por IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN

En julio de 1995, en plena guerra yugoslava, unidades serbias del

Ejército de la República Srpska (VRS) y paramilitares, al mando del general Ratko Mladic, llevaron a cabo una de las mayores atrocidades que se recuerdan en Bosnia, asesinando a 8.373 personas en la ciudad de Srebrenica y alrededores. Tristemente, aun cuando estos se hallaban bajo la protección de la ONU, la inacción trajo consigo uno de los mayores bochornosos casos de abandono y desidia internacional que se recuerdan. Aunque, en la actualidad, una parte de las heridas del pasado parece haberse curado, tras la reconstrucción moral y material de Bosnia-Herzegovina, gracias a la detención y condena ante el Tribunal Penal Internacional para la extinta Yugoslavia de los dos máximos responsables (el citado Mladic, y Radovan Karadzic); este y otros hechos vinculados a la limpieza étnica y otros crímenes vienen ligados a una lección universal a aprender. Parecía impensable que en el corazón de Europa se pudieran despertar tales enconados odios, tras lo padecido durante la Segunda Guerra Mundial.



Todo se inició con el proceso de desintegración de Yugoslavia, que provocó que, el 15 de octubre de 1991, Bosnia declarara su independencia. Tanto la Unión Europea como Estados Unidos lo reconocerían como estado independiente, en abril de 1992. No obstante, las tensiones entre las distintas comunidades religiosas del territorio acabaron por enfrentar a los bosnios musulmanes, la comunidad serbobosnia ortodoxa y los católicos. Lo que hasta esa fecha eran varias comunidades que habían convivido y se habían respetado, aspecto que se desvela en el filme, se tradujo, de la noche a la mañana, en una política de limpieza étnica y brutalidad sin precedentes.

Los serbios bosnios constituyeron la República Srpska. Y para darle unidad territorial a la región de mayoría serbia, necesitaban controlar el área de Podrinje central, donde se hallaba ubicada precisamente Srebrenica. En un primer momento, a inicios de 1992, las tropas serbias lograron controlar la ciudad y expulsar a los habitantes musulmanes. Sin embargo, en 1993, el Ejército de Bosnia-Herzegovina (ARBiH), al mando del general Naser Oric (que más tarde sería condenado por crímenes de guerra), logró importantes éxitos, volviendo a recuperar su control.



Por desgracia, sus logros también vinieron empañados por la denuncia de asesinatos de serbios a manos musulmanas (un total de 3.267), en Srebrenica y alrededores. Se cometieron otros actos criminales, así como mutilaciones y violaciones, amén de la destrucción de iglesias ortodoxas. Un posterior contrataque serbio trajo consigo la recuperación de una parte del territorio perdido, quedando Srebrenica como enclave aislado. En la ciudad se refugiarían miles de bosnios musulmanes. La situación para los civiles pronto fue delicada, faltaba comida y medicinas. El general francés Philippe Morillon, comandante de los Cascos Azules (UNPROFOR), se personaría para ofrecer a la población indefensa la total protección de la ONU.

Y, para reforzar este hecho, el 16 de abril de 1993, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una resolución (la vergonzosa 819) en la que declaraba a Srebrenica como “área segura”. Dos días más tarde, unidades de Cascos Azules llegaban a la ciudad. Pero ya entonces el secretario general de la ONU, Butros Butros-Ghali, advertiría de la insuficiencia de la disuasoria presencia militar internacional, que solo estaba autorizada a usar la fuerza para defenderse. Independientemente de esto, el VRS de Mladic cerró su cerco sobre la urbe, exigiendo su rendición. Los musulmanes no lo hicieron, a pesar de que no contaban con fuerzas para repeler el ataque serbio, disponían de escaso material bélico y tropas insuficientes para contenerlos.

Aunque ambas partes violaron el acuerdo de zona segura, a inicio de 1995, la situación se volvería insostenible para una población de más de 60.000 civiles que cada vez sufría más la falta imperiosa de ayuda humanitaria. El contingente de la ONU canadiense de 600 soldados fue

relevado por otro holandés, bajando su número a 400, al mando del coronel Thomas Karremans. Los propios Cascos Azules veían como no les llegaban los suministros que necesitaban, ni alimentos, ni combustible ni municiones.



En marzo, al margen de los intentos de llegar a un acuerdo de paz, Karadzic aprobó la Directriz 7, en la que se establecía que debían crearse las condiciones necesarias para que en Srebrenica no se diera ninguna esperanza de vida... no habría más ayuda exterior. El general bosnio Oric abandonaría el enclave. Las tropas musulmanas que aún permanecían exigían con urgencia alimentos para los civiles. Hubo fallecimientos por inanición. Finalmente, el 6 de julio, Mladic dio luz verde para tomar Srebrenica. Un único blindado holandés se interpuso en el avance serbio, pero nada podía hacer. Los bosnios le pidieron su ayuda, pero ante su retirada, alguien lanzó una granada matando a un soldado holandés. Lo que estaba claro es que no había ninguna resistencia organizada y, ante la ausencia de reacción internacional, Karadzic autorizó su conquista. Las peticiones del coronel Karremans a la OTAN de apoyo aéreo llegaron muy tarde. Y solo hubo un leve, e inocuo, ataque de cazas holandeses, sin mayores efectos. Unas 25.000 personas se dirigieron a la

fábrica de baterías de Potocari, a 5 kilómetros de Srebrenica, para encontrar amparo y refugio, al haberse convertido en una base segura. Otros 15.000 huyeron hacia los bosques ante el temor a las represalias serbias, sufriendo unas espantosas condiciones.

La OTAN preparó, entonces, una operación para golpear las posiciones serbias, pero finalmente fue anulada porque los serbios amenazaron con matar a 55 soldados holandeses que tenían como rehenes y arrasar la fábrica Potocari.

El filme comienza en el momento en que el alcalde de Srebrenica reprocha a Karremans el abandono y la entrada de las tropas serbias en la ciudad, así como la precipitada huida al cuartel de los Cascos Azules. El punto de vista elegido por la directora Jasmila Zbanic en *Quo Vadis, Aida?*, es un elemento muy importante a la hora de convertir esta realización conmemorativa, sobre una de las más atroces tragedias europeas, la masacre de Srebrenica, en un alegato universal.



La guerra en la antigua Yugoslavia ha constituido una filmografía de temática propia y extensa, vinculada siempre a los horrores vividos en aquellos años, desde *Antes de la lluvia* (1995), clave para entender sus causas; *Savior* (1998), *En tierra de nadie* (2001), *Las flores de Harrison* (2002) y *En tierra de sangre y miel* (2011), sobre las violaciones y los crímenes de guerra perpetrados por ambos bandos; *En tierra de nadie* (2001), ahondando en el absurdo de la guerra; la de la persecución de los criminales de guerra huidos que se refugiaron en Serbia, tras el conflicto,

La sombra del cazador (2007); analizando sus consecuencias, *Grbavica* (2006), de la misma directora Zbanic, entre otros muchos títulos de interés. Como indicaba, la historia gira en torno a Aida, que trabaja como traductora para los Cascos Azules con acreditación de la ONU. Profesora de la escuela de Srebrenica, sus vicisitudes para poner a salvo a su familia van a reflejar una tersa e inquietante realidad, en la que se recrean de una forma objetiva y hábilmente ejecutada unos hechos que, por mucho que pase el tiempo, siempre nos seguirán impactando.



Zbanic, lejos de dedicarse a describir horrores -no es lo que le interesa-, se adentra con sutileza en reconstruir lo que sucedió, esas horas y esos días previos a la matanza, en los que la suerte de miles de personas indefensas quedó en manos de los serbios. En otras palabras, subraya como la línea que separa la humanidad y la inhumanidad es muy fina, incluso cuando no se hace nada.

A través de la mirada de Aida se observa a una multitud que huye de Srebrenica a la desesperada con lo puesto para buscar amparo bajo la protección de la ONU, tras incumplir las promesas de hacer de la ciudad un territorio seguro. Claro que las instalaciones, una antigua fábrica no puede acogerlos a todos y no reúnen las condiciones mínimas para atenderlos. La misma impotencia de Aida, a pesar

de su gallardía, a la hora de hallar un modo para hacer entrar a su marido y a sus hijos, que se han quedado fuera del recinto, sintetiza el desvelo y la angustia de aquellos miles de personas que se quedaron al raso, aferrándose a una perspectiva de la salvación que creían tan cerca y estaba tan lejos. No

obstante, la fábrica de Potocari tampoco reunía condiciones para atender los miles de refugiados, mujeres, niños y algunos jóvenes. Su situación sería terrible, exceso de calor, falta de agua y víveres, amén de medicinas y saneamientos. No se cargan mucho las tintas a este respecto.



Lo esencial y vital radica en caracterizar a unos hombres y mujeres que actuaron de formas tan distintas. Tal y como se recoge en el filme, el coronel Karremans se reuniría con Mladic para buscar una salida digna para los refugiados. Cínicamente, Mladic, mucho menos afable de lo que aparece en la película, le convencería al holandés de sus *buenas* intenciones. En ese sentido, la historia fija su atención en estos dos personajes, en un Mladic vanidoso y maquiavélico, que se muestra imperativo, pero afable y correcto.

Es verdad que se acercaría al campamento de Potocari para calmar los ánimos de los refugiados, asegurándoles que no les pasaría nada si no habían perpetrado crímenes contra los serbios. Y toda esta actitud

aparentemente caballeresca con el enemigo vencido, como se observa, fue recogida por la televisión serbia, en un alarde de cinismo y propaganda, ya que paralelamente se preparaba un plan obscuro: la aniquilación de la población masculina musulmana de Srebrenica.

Por otra parte, el personaje del coronel Karremans es digno de lástima, impotente, no logra ningún interlocutor válido al otro lado del teléfono que se comprometa a ayudarles; crispado y con el rostro desencajado, debe fiarse de la palabra de Mladic. La historia, además, inserta un *flashback* muy acertado, en el que Aida recuerda un momento de celebración antes de la guerra que alude a la época en que la comunidad bosnia era feliz, y el conflicto solo les ha traído dolor y pena.



Tampoco se olvida Zbanic de aludir al hecho de que las comunidades serbias y musulmanas habían convivido juntas con cordialidad. Incluso un soldado serbio reconoce a Aida como su antigua maestra y la saluda con simpatía, mostrando las incongruencias del conflicto. Claro que, ante todo, esa sensación de ahogo y desvelo ante el temor a lo que pueda sucederles se presenta como una constante muy conseguida, dando incluso la impresión de que hasta tienen posibilidades de salvación.

Así, Aida buscará mil maneras de garantizar la seguridad de su familia, pero los oficiales de la ONU, desbordados no están dispuestos a ayudarla ateniéndose estrictamente a las normas, ya que solo ella, como acreditada, puede salir con el convoy de los Cascos Azules. Los serbios parecen cumplir con su palabra y subirán sin excesiva violencia a los refugiados a los autobuses, separando a los hombres de las mujeres. Esta aparente inocua distinción finalizará con la tragedia harta conocida. Zbanic suaviza la visión no mostrando en primer plano de la

masacre, prefiere que sea el espectador el que vaya mascando esta realidad poco a poco, dejando entrever así que las tragedias no son casuales y que, incluso, se enmascaran tras un velo de decencia que no existe. Pues, aunque las ejecuciones empezaron el 12 de julio cerca de la fábrica, la mayoría de ellas se hicieron en otras localidades, de forma oculta. También se dieron lugar innumerables violaciones.

La directora recurre, con mucho acierto, a la insinuación a la hora de aludir a tales crueldades, por deferencia a la dignidad de las víctimas. El clima que compone es, de por sí, lo suficientemente terrible y angustioso. No es necesario ver más para comprender la inmensidad de la tragedia, empatizando con el dolor de la protagonista. El cierre es, así mismo, otro elemento a destacar, una lección de memoria sin rencores. Y eso que no todos los responsables fueron juzgados. Y el retorno de Aida a su domicilio y, sobre todo, su vuelta a la docencia, simbolizan el trauma y la importancia de que las nuevas generaciones conozcan el pasado y crezcan sin odios.



T.O.: *Quo Vadis, Aida?* Coproducción Bosnia y Herzegovina, Austria, Rumanía, Alemania y Polonia (2020). **Dirección:** Jasmila Zbanic. **Guión:** Jasmila Zbanic. **Música:** Antoni Lazarkiewicz. **Fotografía:** Christine A. Maier. **Intérpretes:** Jasna Djuricic, Izudin Bajrovic, Boris Ler, Dino Bajrovic, Boris Isakovic, Johan Heldenbergh, Raymond Thiry, Emir Hadzihafizbegovic y Joes Brauers. **Duración:** 104 min. **Premios:** Oscar (2020) Nominada a Mejor película internacional, Premios BAFTA (2020) Nominada a Mejor director y Mejor película en habla no inglesa y Premios *Independent Spirit* (2020) Mejor película extranjera.

